

DE AYER Á HOYLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

Apde. 1625 MONTERREY, MEXICO

ADA edad tiene sus goces, cada época sus gustos, cada hombre sus aficiones. Así acontece que es inagotable la serie de costumbres y de trajes que cada siglo deja á la curiosidad ó al estudio del siglo que le sucede.

Ó porque el tiempo pasa hoy con más rapidez, ó porque nosotros nos movemos con más precipitación, ello es que el aspecto externo, que tanto distingue unas épocas de otras, es cada vez más variable, más fugitivo, más inconstante.

Hace escasamente cuarenta y cinco años que el espíritu romántico invadió la vida, poniendo en movimiento una generación poseída de las más violentas pasiones y de los más tétricos sentimientos. El amor, que por su especial naturaleza parece destinado á dar la vida; niño y ciego, según se pinta desde los tiempos más felices del paganismo griego; atrevido, ligero, revoltoso, no parece que habría de poder transformarse en una especie de

33846

sombra fúnebre, encargada de llevar por el mundo la desolación y la muerte.

Si bien se mira, nada hay más triste que esa especie de renacimiento sepulcral, en que la palidez cadavérica era de rigor; las melenas caídas sobre los hombros de absoluta necesidad; el aire abatido y melancólico indispensable; la apariencia, en fin, de un espectro vivo, venía á ser la forma más correcta del ser humano auténtico de aquel tiempo.

Desde el momento mismo en que García Gutiérrez se hizo presente en el mundo de las letras, anunciándose á la posteridad con El Trovador (única joya dramática de entonces que se salvará justamente del olvido), el furor romántico, novedad á la sazón ya dominante, aunque algo contenida en los límites de la razón y del buen gusto, estalló como una bomba que sólo espera que la mecha se incendie.

Desde aquel momento crítico, el espíritu de la época encontró la forma característica de sus fúnebres ideales, y todo hombre quedó persuadido en el acto de que no había más remedio que ser un Manrique, ó ir á ocultarse como ser insignificante en las oscuridades del vulgo.

De igual manera, tod a mujer en cuyo corazón no se hubiese apagado aún el fuego de la juventud por la frialdad de los años, encontró en Leonor el tipo original de la especie, el modelo acabado de la mujer, no precisamente enamorada, sino simplemente dispuesta á enamorarse, ya como una tonta, ya como una loca, del primer Manrique que

acertara á doblar melancólico y triste la esquina de la casa.

No era posible vivir en aquellos días de enlutados pensamientos, sin tener una ventana más ó menos imaginaria, á cuyo pie llegase en las calladas horas de la noche el trovador fantástico, laud en mano y espada en cinto, á cantar con la voz más triste posible las más doloridas endechas; porque era de cajón y circunstancia ineludible que todo amor había de ser necesariamente desgraciado.

Jamás el mal gusto de una época ha tenido un éxito más completo, y nunca el arte, la poesía, las costumbres y el lenguaje han pagado más unánime tributo al capricho de la moda. Se puede asegurar que aquella insustancial extravagancia que llamamos romanticismo, se llevó de calle al mundo que bulle, frívolo siempre, y entonces más frívolo que nunca. Sólo el vulgo de las gentes, adonde suele refugiarse el sentido común, pudo librarse del contagio.

Claro está que nadie se moría por desengaño más ó menos, ni se mataba por una ó por otra ingratitud: el fondo real de la vida no experimentaba grandes alteraciones; se comía con regular apetito, se dormía á pierna suelta; en una palabra, se iba viviendo. Aquellos espíritus puros, aquellas fantasías convenidamente exaltadas, se hallaban como los de cada hijo de vecino, encerrados en este calabozo de carne y hueso; tenían que resignarse á cumplir con todas las funciones mecánicas que las

necesidades físicas imponen á todos los mortales.

Aquel veneno siempre en los labios, no llegaba nunca al estómago; aquella desesperación apasionada siempre en las palabras, no llegaba nunca al alma; la hoja de aquel puñal, dispuesto siempre á sepultarse en el pecho del amante desgraciado, no llegaba jamás al corazón. Cierto; pero el aspecto externo, lo que podemos llamar la toilette de aquella sociedad, no podía ser más fúnebre.

Si puedo explicarme así, diré que la imaginación desbocada había engalanado al amor con una mortaja; y las citas en los cementerios, los encuentos entre las tumbas de los panteones, los coloquios de eterna despedida y de juramentos de muerte, á la luz de la luna, entre las ruínas de una abadía ó de un castillo, era el asunto obligado, el cuadro siempre repetido, de aquella poesía lúgubre, insoportable y llorona.

La manía de hacer versos se extendió como una epidemia, y nunca se hicieron más ni peores; la musa romántica había abierto su bazar de liras, y bastaba fingirse enamorado, no para hacer disparates, sino para decirlos; el número de poetas lúgubres, sombríos y llorones era entonces mayor que lo es hoy el de filósofos, oradores, hombres de Estado y economistas.

Jamás las estadísticas de los delitos han podido recoger más abundante cosecha de suicidios, todos, por supuesto, en prosa desastrosamente rimada. La manía de versificar á lágrima viva llegó á constituir una verdadera locura, un duelo perpetuo.

De todo aquello no queda nada; el olvido se lo tragó todo sin misericordia; porque el romanticismo se dió tal vida, que murió en muy poco tiempo á sus propias manos.

Dejó, no obstante, corrompido el buen gusto, dislocado al arte y pervertidos los sentimientos; su moral era la confusión más espantosa de todos los deberes; á sus ojos todo era lícito á título de pasión. Una poesía y un arte sin verdad y, por consiguiente, sin sentido moral, claro es que había de carecer al mismo tiempo de toda belleza y de todo sentido común.

Todo eso fué ayer; hoy las cosas son, en el mismo camino, todo lo contrario; casi de repente hemos caído de las cumbres del romanticismo en las realidades del positivismo; de la muerte fantástica, hemos pasado á la vida práctica; de la poesía más desenfrenada á la prosa más vil del mundo.

En las costumbres, en los caracteres, en las inclinaciones y en el lenguaje, en todo cuanto forma el conjunto de las relaciones con que los hombres se entienden en la vida, hay un sentido tan positivo, un concepto tan mercantil, una cuenta y razón tan estrecha, que la utilidad es ya el único móvil de las acciones humanas.

El amor se cotiza como los efectos públicos; la palabra negocio ha invadido todas las regiones en que el hombre se agita, y bien podemos decir que en el gran drama que se desenvuelve delante de nuestros ojos, el interés propiamente dicho es el secreto resorte que lo anima; todas las cuestiones que se presentan son de la misma naturaleza: cuestiones de intereses.

No hace mucho se ha dicho, como quien hace un descubrimiento, que en el fondo de toda cuestión política hay una cuestión económica; ó, lo que viene á ser lo mismo, que todo en el mundo es ya cuestión de maravedises.

En el orden de los sentimientos, la transformación es de tal naturaleza, que parece como que el corazón se ha convertido en bolsillo. Se ama y se aborrece, digámoslo así, por tarifa, según lo que cuesta ó lo que vale, según lo que se pierde ó lo que se gana. Las ideas no son ideas, son cálculos. Si la imaginación de la juventud continúa siendo soñadora, hay que convenir que el repertorio ha quedado muy reducido: sus sueños son sueños de oro.

Hay ciertamente hombres y mujeres de muy pocos años; pero jóvenes, apenas hay ya en las nuevas generaciones.

Todavía, no obstante, nos inclinamos ante las grandes obras del talento y del arte; casi creemos que no hemos perdido el gusto, el buen gusto; pues en presencia, por ejemplo, de un lienzo de Velázquez, arqueamos las cejas y fruncimos la boca, verdaderamente poseídos de admiración y de asombro; porque, en resumidas cuentas, hemos averiguado que el lienzo es como un gran billete de

Banco, que representa el valor de unos cuantos millares de pesos duros.

En medio de la realidad positiva en que vivimos, lo que no es mercancía, ¿ qué puede ser en el mundo?

De ayer á hoy hemos pasado de una muerte á otra; de la muerte de todo sentido á la muerte de todo sentimiento.





MESA REVUELTA

t quieres tener un amigo verdadero que te sirva lealmente en todos los trances de la vida, procura estar siempre bien contigo mismo.

La única semilla que fructifica en todos los terrenos, es la semilla de los beneficios. Siembra y cogerás, porque es cosecha que nunca se pierde.

La ingratitud es el pretexto de que se vale el egoismo para no tomarse el trabajo de compadecerse de las desdichas ajenas.

Los beneficios que la ingratitud humana desco-TOMO V 4 noce, pueden valer mucho, porque el beneficio que el ingrato desprecia, Dioslo recoge.

No hables nunca mal de las mujeres, pues, eches por donde quieras, no podrás negar que una mujer ha sido tu madre.

La apariencia es la falsedad de todas las cosas y el mundo está lleno de apariencias, y por lo mismo está también lleno de desengaños.

Si alguna vez oyes decir que no hay Dios, y es posible que lo oigas, procura averiguar qué interés puede tener el que lo dice en que no lo haya, y después hablaremos.

¿Sabéis lo que es un tonto? Imaginaos un mulo con los ojos vendados, dando vueltas muy tranquilamente alrededor de una noria cuyo pozo no ha tenido nunca agua. Hay una mentira muy antigua que los hombres conocen perfectamente, y es la que, sin embargo, creen siempre. Se llama lisonja.

Para no caer en la facilísima contingencia de ser servil, no hay más que un remedio, sencillo pero seguro. Consiste únicamente en ser humilde.

No me atreveré yo á asegurar que las invenciones químicas preparadas por el ingenio humano para hacer nacer el pelo, hayan acabado en el mundo con los calvos; pero es preciso reconocer que no les falta virtud, pues los inventores y los expendedores acaban regularmente por echar pelo.

Un tonto es un calvo de entendimiento; como si dijéramos, un calvo de puertas adentro, ó, lo que es lo mismo, un calvo interno.

En el comercio del género humano, la verdad

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" 1625 MONTERREY, MEXICO suele costar muy cara; y vea V. qué contradicción tan curiosa: la mentira es la que hace dinero.

Una vez que emborronaba papel, escribí estas palabras :

«Creo que lo que nos sobra no nos pertenece.» Pero las borré para escribir estas otras:

«¡ Quién tiene bastante!»

No cabe duda de que la palabra es por su naturaleza reveladora, pues ella es el medio elemental y primitivo de comunicación entre los hombres. Nada más natural que ella misma sea el testimonio auténtico y permanente de la revelación.

Rousseau dice : «Para inventar la palabra ha sido necesaria la palabra.»

Las ciencias humanas son ciertamente una luz; pero es una luz que sirve sobre todo para que veamos la oscuridad que nos rodea.

Balzac asegura que en el fondo de toda ciencia

hay una negación. Lo cual, traducido á todos los idiomas del sentido común, quiere decir sencillamente que los sabios no ven más allá de sus narices.

Misterio no quiere decir oscuridad, sino luz. Suprimase el misterio, y caeremos en el absurdo de que nada de lo que nos rodea tiene principio.

La Fe, con los ojos vendados, ve más que la ciencia del hombre con los ojos de par en par abiertos, porque ve á Dios, principio de todas las cosas.

Si no hay otro mundo, yo me atrevo á preguntar á la novísima sabiduría de los hombres: ¿Qué hemos venido á hacer en este?

Todos los días nos quejamos de los fallos de la justicia humana. El juez hombre se engaña ó prevarica. Ante este testimonio perpetuo de incapacidad, ¿cómo podemos negar la justicia divina?

No sé cómo cada cuál hará la cuenta de su vida, pero es lo cierto que en la aritmética corriente, todo lo que se malgasta en la juventud se tiene de menos en la vejez, porque vivir no es más que quitarse la vida más de prisa ó más despacio.

Nadie sabe lo que sucederá mañana, y, no obstante, suceda lo que quiera, eso será lo que debía suceder. Tan grande ignorancia nos dice claramente que la Providencia es mucho más lógica que los hombres.

Hemos convenido en que la prosperidad de los pueblos se mide por la extensión de su deuda.

Sostenemos que el crédito es la gran fuente de la riqueza pública.

Pues el crédito no es una suma, sino una resta.

He aquí una cosa increíble: Hay quien enferma y quien se muere á pesar de los prodigiosos adelantos de las ciencias médicas.

El afán de conseguir la inmortalidad no es más

que la manía de sobrevivirse, y hay quien se suicida para vivir algunos días después de muerto.

La peluca es el fin del pelo.

Lo que más vale, suele ser, por lo común, lo que menos cuesta. La salud se tiene de balde, la inocencia gratis, la sobriedad da dinero encima.

Ahora bien: una enfermedad cuesta un ojo de la cara; la malicia cuesta un sentido moral; los apetitos desordenados se pagan á peso de oro.

He ahí por qué la virtud es la verdadera economía, y el vicio el verdadero lujo.

Me atrevo á asegurar que los tuertos son los únicos hombres que no ven el mundo más que por un agujero.

Antes se decía: «El que paga descansa.» Pero han cambiado los tiempos, y resulta que el que descansa es el que cobra.





EL GATO DOMÉSTICO

(HISTORIA FAMILIAR.)

urfon ha sido el novelista de la Historia natural, como Julio Verne lo es hoy de las ciencias físicas. El primero se ha complacido en acercar los brutos á los hombres, repartiendo entre los irracionales usos, costumbres, caracteres, inteligencia, y aun, si puedo decirlo así, cualidades morales.

Julio Verne, con estilo menos encantador, pero no con menos recursos de imaginación, ha tomado por su cuenta á la naturaleza, llevándola hasta el prodigio, para hacerla intervenir como agente dramático, casi inteligente, en el curso de sus pintorescas fábulas.

Claro es que la naturaleza sabe más que el hombre, puesto que ella es la ciencia que los hombres estudian sin acabar nunca de poseerla; porque, en último término, esconde el secreto originario de todas las cosas, y ese secreto es impenetrable para la ciencia.

Pero vamos á nuestro asunto, que no es otro que colocar en el lugar que se merecen las singularísimas cualidades que distinguen al gato doméstico, víctima hoy en su reputación de las injustas parcialidades de los naturalistas. Ni Geoffroy, ni Temminck, ni Smith, ni Schreber, ni Linneo, ni Cuvier, ni el mismo Buffon, ni el mismo Plinio, que llegó á averiguar que el elefante sentía crecer la hierba, han visto en el gato doméstico la inteligente perspicacia con que ha sabido comprender los beneficios de la vida social, y las grandes ventajas que proporciona la civilización; y parecen satisfechos de haberlo relegado en los anales de la Historia natural á la especie más insignificante de la gran familia felina.

Para los naturalistas el gato doméstico es el vulgo de los gatos, la turba multa de la raza, la plebe del género.—¡ Qué gran injusticia!

No siempre lo que más frecuentemente se ve, es lo que mejor se conoce: el hombre mismo testifica la exactitud de la observación: todos los días se ve, vive en su continua compañía, está en el secreto de sus más ocultos pensamientos; se sabe, digámoslo así, de memoria, y, no obstante, ¡qué pocas veces se conoce!

Nosce te ipsum, ha dicho la antigüedad, lo cual, traducido al castellano, quiere decir : ¡cuán difícil es

que el hombre se conozca á sí mísmo! Probablemente, las grandes agitaciones que el mundo experimenta, no tienen más origen que esa obstinada ignorancia con que nos hemos propuesto no conocernos, quizá para no estimarnos.

He ahí, poco más ó menos, lo que nos ocurre con el gato doméstico. Familiarizados con su presencia, habituados á su asidua compañía, apenas nos dignamos concederle una de esas miradas superficiales que pasan por encima de la corteza bajo la que se esconden todas las cosas.

Sabemos que posee una piel fina como la seda, manchada caprichosamente de diversos colores; que maulla, que ronca, que araña, que salta, que bufa, que es fiero, flexible, juguetón, elegante, gracioso.... No pasa de ahí lo que sabemos acerca de este mamífero realmente prodigioso. Si lo vemos todos los días, ¿qué necesidad tenemos de conocerlo?



No se ha podido averiguar nada, y no tengo noticia de que se haya hecho investigación alguna, respecto al origen de la intimidad de relaciones que existen entre el gato doméstico y la familia humana; pero bien se comprende que debió ser el gato el que, ante los peligros de la vida salvaje y las muelles ventajas de la vida culta, aceptaría sin vacilar las condiciones verdaderamente leoninas del contrato.

Entre vivir á la intemperie en las soledades de la selva, expuesto á la voracidad de los matones del oficio, ó tener casa y hogar reconocidos, y hasta asegurados de incendios; entre la vida errante del aventurero y la vida ordenada y regular del vecino, es de presumir que, sin más averiguaciones, entrase en el Contrato social con que Juan Jacobo Rousseau arregló las relaciones legales de los hombres entre sí.

Ello es que nos lo encontramos en posesión de la sociedad, en el goce pacífico de la casa, y en el seno mismo de la familia, sin que nadie le dispute la legitimidad de su derecho, pues pasa en autoridad de cosa juzgada.

Mucho se ha hablado de la fidelidad del perro, de la docilidad del caballo, de la inteligencia del elefante, de la astucia del mono, de la suculencia de la carne de vaca, y hasta de la sabrosa suavidad de las ostras; pero nadie ha reparado en los extraordinarios talentos que adornan la condición moral del gato doméstico.

Es más: se le tiene por estúpido, y se le considera incapaz de aprender nada útil; y ved ahí precisamente dónde yo encuentro el rasgo más característico de su claro ingenio, porque para nada se necesita tanto talento como para hacerse el tonto.

Ha comprendido con su fina perspicacia, que el hombre lo utiliza todo en beneficio de sus intereses, de sus necesidades, de sus placeres ó de sus recreos, y ha dicho: «¿Sí?... Pues yo no sirvo para nada.»

No hay animal que caiga bajo el dominio del hombre, desde el elefante hasta la pulga, que no le preste algún servicio. El perro vigila, rastrea, acompaña y defiende, el caballo ha llegado á ser los pies y las manos del hombre, el oso baila, el mono es un repertorio de gracias, el loro habla, el elefante ofrece su fuerza y su obediencia, y, en fin, la pulga misma, que tan fácilmente se escapa de entre los dedos, se somete á servir de espectáculo con el nombre de pulga industriosa. Esta regla general sólo tiene una excepción, única: el gato doméstico.

Su introducción en la vida íntima de la familia reconoce por fundamento el más frívolo de los pretextos: los ratones. Superchería ingeniosísima, por medio de la cual ha conseguido ser una necesidad de la casa. Cabalmente los ratones son su delicia; preferiría los pájaros, mas, en su defecto, cazar ra ratones es su diversión favorita. La casa es su palacio; los sótanos, los desvanes, las despensas, son sus bosques; caza por placer, por recreo: ¿qué más necesita su vida de príncipe?

Ved con qué atención espía el agujero por donde ha de salir la víctima. Acecha y espera, llega el momento, y salta sobre su presa. Entonces, ¡qué alegría! ¡qué locura! ¡qué extremos! Está en sus glorias. La suelta para volver á cogerla, y la coge para volver á soltarla. La va matando poco á poco. Diríase que siente matarla. Y después de muerta, la remueve con sus uñas, la agita con sus dientes, porque quiere que se mueva, quiere que viva, para volver á matarla. Un ratón inmortal sería el eterno paraíso del gato doméstico.

Y allí está la familia contemplando la escena con la risa en la boca y la admiración en los ojos; como si el último refinamiento de la crueldad fuese entre los hombres el espectáculo más digno de interés y de aplauso.

¡Qué triunfo para el gato doméstico!

* *

Hay una cuestión que los naturalistas no han planteado todavía, y que, por lo tanto, nadie se ha tomado el trabajo de resolver. Trátase de averiguar si, en efecto, el gato doméstico es un animal domesticado, ó conserva, en medio de su aparente domesticidad, toda la feroz independencia del estado salvaje.

Para mí, salvo el parecer de los naturalistas más acreditados en el conocimiento de los animales, y con todos los respetos debidos á la ciencia, el gato que vive á la sombra de la familia, al calor de la casa, y bajo el tierno amparo de la sociedad protectora de los animales y de las plantas, por un rasgo de suprema astucia, se finge doméstico.

Eso sí; después de tomar todas las precauciones imaginables, paso á paso y lentamente, como quien va sobre ascuas, se nos acerca, encorva el lomo á nuestras caricias, salta sobre nuestras rodillas, y nos hace sentir en el rostro una y otra vez la fina suavidad de su cola; mas esa gracia enteramente voluntaria, no supone obediencia ninguna: la más pequeña contrariedad lo irrita, y sus uñas corvas y agudas, cautelosamente ocultas en las falanges de sus manos ligeras y prontas, se clavan sin misericordia en la mano misma que los acaricia.

No hay que esperar del gato doméstico habilidad ninguna que suponga sumisión al mandato de voluntad ajena: como si poseyese el instinto frío y calculador del hombre de negocios, nunca hace más que aquello que le trae cuenta. Es inútil llamarlo cuando no quiere ir: sólo lo atrae el halago cuando lo desea ó la presa cuando la apetece. Rebelde á todo vínculo, no quiere contraer ni siquiera el deber de la gratitud; así es que prefiere lo que se toma por su mano, á lo que le dan. Jamás espera que le den lo que él mismo puede tomarse.

Vedlo delante de una puerta entreabierta. ¿Entreabierta?.... Sí; lo ha de pensar mucho antes de penetrar por ella. Las puertas entornadas son siempre motivo de graves reflexiones para cualquier gato que sabe lo que se pesca. Se detiene como quien medita, va y viene como quien duda, y al fin adelanta tímidamente las manos é introduce suavemente la cabeza; el iris de sus ojos redondos se dilata, sondea de una ojeada la estancia objeto de su curiosidad. Perfectamente; no hay peligro ninguno; mas, por si acaso, se estrecha para no mover la puerta que le abre paso, no sea que los goznes

indiscretos rechinen intempestivamente. Hecho esto, se desliza á derecha ó izquierda, según las circunstancias del caso; jamás de frente, y siempre junto á la pared, ocultándose bajo la sombra de los muebles; diríase que anda por país enemigo, ó que ha aprendido que para vivir entre los hombres toda precaución es poca.

¿Qué trae el gato á la civilización? Nada. ¿Qué toma? Lo toma todo.

Vedle voluptuosamente tendido sobre el almohadón más mullido, más suave, más blando. ¿ Es de seda? Bueno. ¿ Es de terciopelo? Mejor. ¿ Está bordado con flores de exquisito dibujo? Entonces magnífico: quiere decir que es un lecho de rosas. ¿ Dónde está la cama más limpia, más perfumada, más rica de la casa? Pues allí está el gato doméstico entregado á las dulzuras de un sueño delicioso. De vez en cuando alarga las manos, contrae las uñas, entorna los ojos y se enrosca sobre sí mismo, dándose á sí propio gracias por el placer que se proporciona.

¿Qué le importa el frío del invierno, si para él se ha hecho el calor de la chimenea, ó el templado ambiente que exhala el brasero bajo la falda plegada de la camilla, ó la caliente plancha de metal que se tiende delante de la estufa, ó, en último resultado, la tibia atmósfera del hogar que hace de la cocina una primavera perpetua? Y si el día es hermoso, claro, despejado y sereno, allí está la alfombra, cabalmente tendida al pie del balcón, que

al través de los cristales deja entrar un rayo de sol que ilumina y calienta, refrigera y alegra.

Cambian las estaciones, no tanto como los hombres, pero cambian, y al frío del invierno ha sucedido el calor del verano. ¿Y qué? El gato doméstico no tiene por qué apurarse. ¡Qué fresco más delicioso se siente en la umbría soledad del sótano! ¿No? Pues ahí está el mármol del estrado, limpio como el oro y terso como un espejo, que convida á dormir tranquilamente la siesta.

El lujo parece que es su atmósfera propia. ¡Con qué elegancia juega con el borlón de seda que cuelga del opulento cortinaje! ¡Qué bien se afila las uñas en los bordados tapices! ¡Cómo ensaya el poder de sus garras en los dibujos tallados de los muebles más ricos!.... Y á todo esto, es inútil intentar que se sujete á ninguna ley, á ninguna regla, á ningún mandato. No hay que pedirle nada, porque todo lo niega ; sólo es generoso en arañazos. Ha venido á disfrutar todos los beneficios de la civilización, sin perder nada de su salvaje independencia.

* *

En las intimidades de su vida no es menos prodigiosa la perspicacia con que se apropia cuanto cree necesario á sus necesidades, á su comodidad ó á su conveniencia.

TOMO V

UNIVERSIBAD DE NUEVO LEON RIBLIOTECA UNIVERSITARIA PLACEMENTO INEYES! Observémosle; mejor dicho, oigámosle un momento á los pocos días de haber nacido.

Las voces de los animales son sonidos inarticulados que el hombre traduce libremente para imitarlas; así es que, por ejemplo, para reproducir en el lenguaje humano el canto del gallo, tiene que valerse de la figura retórica que llamamos onomatopeya, y sale del paso exclamando: ¡Quiquiriqui!, palabra sin forma y sin sentido.

Con el gato doméstico no sucede eso: su primera voz, cuando se puede decir que todavía está en la cuna, es un sonido claramente articulado, que contiene la idea más trascendental de las que siempre han agitado al mundo. Su primera palabra es esta: mío. Apenas ha abierto los ojos á la luz de la vida, cuando se proclama dueño de todo lo que ve; parece que es un hombre el que habla dentro del gato.

Libre en sus costumbres hasta el libertinaje, prescinde, como dueño de sí mismo, de todo deber que pueda encadenar su autonomía y comprometer su *Habeas corpus*, y no hay quien lo acarree á que reconozca las obligaciones que pesan sobre el padre de familia. Cumple con la naturaleza, y después, si te vi no me acuerdo; y como siempre ha sido de esa manera, no es lícito asegurar que ha aprendido á sacudirse la capa en la escuela de los hombres.

Y no vaya á creerse que es un ser encenagado en las groseras satisfacciones de los apetitos materiales; antes por el contrario, es idealista. Sus esperanzas, sus ilusiones, lo que podemos llamar su poesía, anda casi siempre de tejas arriba. Sobre los aleros de los tejados es donde se puede decir que vive la vida del alma. Como los antiguos trovadores, canta allí sus amores, sus desengaños, sus batallas y sus triunfos. Del mismo modo que Homero cantó La Iliada, Lope de Vega ha cantado La Gatomaquia. Borrados están ya los lugares de aquella famosa guerra, mas donde quiera que haya dos gatos, allí hay tirios y troyanos, allí es siempre Troya.

No es, sin embargo, el carácter heróico, enamorado y caballeresco el rasgo más saliente de su genio. Las ciencias han hecho en manos del hombre, prodigiosos adelantos. Cierto; pero ¡ah!, todavía no hemos alcanzado el privilegio de tener una vida siquiera de repuesto, con que alternar con esta única, sola y triste que se nos ha concedido. Pues bien: el gato doméstico puede burlarse de todos nuestros adelantos científicos: él tiene siete vidas. ¿Cómo, dónde, cuándo ha penetrado en ese secreto oculto á la ciencia humana? He ahí mi asombro.

¿Y acaso no es su nombre el que parece como que preside los más arduos problemas que agitan al mundo?

Ved si no cómo se buscan incansablemente los tres pies al gato.

Ved cómo cada cuál quiere llevar su gato al agua.

¿Quiénes no se echan el gato á las barbas?

¿Quién no pretende sacar la sardina con la mano del gato?

¿Dónde no hay ya gato encerrado?

¡Dios mío !.... ¡No es casi todo gato por liebre? Siete vidas no son ciertamente la eternidad, y este animal prodigioso, que se sobrevive seis veces, que llega á ser hasta su propia posteridad, se encuentra un día con que se apaga la luz de su existencia, y entonces, como si él mismo quisiera enterrarse, se esconde en el último rincón de la casa, y muere. Mas, ¡oh resplandor del verdadero mérito que brilla hasta más allá del sepulcro! La fama, la celebridad, la popularidad, como compañeras inseparables del genio, siguen al gato muerto.

Desde ese momento empieza á ser el tesoro que cada uno guarda en el fondo de su gaveta. Tener gato, equivale á poseer todos los goces de la vida. ¡El gato! ¡Quién puede olvidarlo! ¡Desventurado aquel que no tenga gato!





DIALOGOS

I



EÑOR de....

-¡Ah!....; qué sorpresa!....

—; Sorpresa!

-Sí.

. - Por qué?

—Porque acabo de levantarme, y me encuentra V. vestido, y un hombre vestido no necesita para nada á un sastre.

-Cierto; pero hace ya tres años que estaba V. desnudo.

—¡Ya lo creo!; y esa es precisamente una cosa que hago todas las noches al acostarme. ¡ Desnudo!.... ¡Friolera!.... Ese es precisamente el destino